

de un modo indigno mirarian á Francia con ódio, bien merecido por cierto, poniendo los ojos en los alemanes llevados de su resentimiento y desesperacion.

El general Bonaparte que adquirió su primera y quizá mejor gloria, libertando á Italia del poder de Austria no podia cometer semejante falta, y así adoptó un sistema medio que no escluia para mas tarde un vasto sistema de independencia italiana, y que podia decirse que era como el principio de él.

Dió pues á la república cisalpina toda la Lombardia hasta el Adige, las Legaciones, el ducado de Módena, y todo cuanto tenia cuando se celebró la paz de Campo-Formio, quedando suspenso lo del ducado de Parma, y en poder de Francia, por entonces, el Piamonte. Constituida así la Cisalpina, contaba cerca de cinco millones de habitantes, y podia fácilmente dar una renta de 70 á 80 millones manteniendo un ejército de cuarenta mil hombres, en lo cual se invertiría la mitad de la renta, quedando aun bastantes recursos para los demás gastos del estado. Cubierta por delante por los Alpes y el Adige, teniendo á la izquierda el Piamonte, que pertenecia al dominio francés, el Adriático á la derecha, y detrás á la Toscana que se hallaba bajo la dependencia de Francia, podia contar con nuestra proteccion por todas partes; además como el general Bonaparte tenia un ojo tan certero, y conocia mejor que nadie el pais, mandó fortificar ciertos puntos á fin de que nunca pudieran traspasar su territorio los austriacos, y siempre pudiera socorrer la Francia con tiempo. El Adige fué fortificado desde Rívoli hasta Léna-

go, á fin de que no pudieran forzar su paso; las cercantías del lago de Garda, y especialmente la posicion de la roca de Anfo quedaron bien cerradas á fin de que no pudieran dar vuelta á la línea del Adige; el Mincio era una segunda línea por la parte de detrás, y Pesquiera y Mántua que se habian ensanchado mucho aumentaban la importancia de aquel segundo baluarte, pero Mántua sobre todo que habia mejorado no solo bajo el aspecto defensivo sino del sanitario, debia subsistir por sí misma, aun cuando fuese forzado el paso del Adige. Otras obras se hicieron que tenian por objeto asegurar en cualquier tiempo la llegada de ejércitos franceses, los cuales podian desembocar, en primer lugar, por el valle en el Milanesado tomando el camino del Simplon, y en segundo, por Saboya ó la Provenza en el Piamonte, siguiendo los caminos de Mont-Cenis, el monte de Ginebra, y la garganta de Tenda. Ya hemos visto que se trabajaba á fin de poner aquellos cuatro caminos en estado de que pudieran pasar por ellos toda clase de trasportes, pero era preciso crear sólidos puntos de apoyo, y grandes establecimientos militares, destinados á recoger á un ejército francés que se viese obligado á retirarse, aunque involuntariamente, ó servir de punto de salida á ese mismo ejército, si se viese en estado de tomar la defensiva. Para esto se escogieron dos plazas, invirtiéndose grandes sumas en pertrcharlas perfectamente, una en el desembocadero del camino del Simplon, y otra en el sitio donde iban á parar los tres grandes caminos de Mont-Cenis, el monte de Ginebra y la garganta de Tenda. La primera y la menor de las dos, debia

estar situada al fin del Lago Mayor, y si se llevaba á cabo con arreglo al proyecto concebido, podia contener los enfermos, los heridos y el material de las tropas que se hubiesen pronunciado en retirada, asi como la flotilla del lago, y defenderse durante tres ó cuatro semanas, hasta que fuese á socorrerla un ejército por el camino del Simplon. La segunda y mayor, formada para contener el Piamonte, recibir recursos de los ejércitos franceses, servirles de punto de apoyo y poder bajar á Italia en cualquiera tiempo, la segunda decimos, tan fuerte y vasta como Maguncia, Metz, ó Lila, podia sostener un sitio mas largo, debia construirse en Alejandria, punto que como inmediato al campo en que se dió la batalla de Marengo era mas favorable que ningun otro para las grandes combinaciones militares que pudiesen tener lugar en Italia. Turin sufría el influjo de una poblacion numerosa, y en ciertos casos enemiga, y Pavia se hallaba situada allende el Pó, de suerte que, como Alejandria estaba asentada entre el Pó y el Tanaro, esto es, en un punto á donde iban á parar todos los caminos, reunia las mayores ventajas, siendo este el motivo de que la prefiriese el gobierno francés. Mandóse pues, que se hiciesen grandes obras á costa del tesoro francés por ser cosa del Piamonte, pero las demás debian correr á cargo de la Cisalpina, porque la concernian mas particularmente.

Gracias á estas disposiciones que ponian á Francia en estado de socorrer á la Cisalpina, tenia bajo su dominio á la Italia alta y á la media. dominando tambien con su influencia á la Italia meridional, y aunque en Roma y en Nápoles no

podia mandar tan abiertamente, lo mismo le obedecerian alli que en Turin y en Milan.

Como era preciso dar un gobierno á aquella república, se confirió este en un principio, á autoridades provisionales, que consistian en una junta compuesta de tres individuos, MM. de Somma Riva, Vizconti y Ruga, y en una *Consulta*, especie de asamblea poco numerosa escogida entre los hombres prudentes y desinteresados; pero semejante estado de cosas no podia durar mucho tiempo.

Tenia á su lado el primer consul á Mr. Marescalchi, ministro de la Cisalpina en París, y además á MM. Aldini, Serbelloni y Melzi que habian sido enviados á Francia para tratar de los asuntos de Italia y eran los personajes mas importantes del pais. Consultóles, pues, acerca de cómo debia organizar la nueva república, y de acuerdo con ellos redactó una constitucion tomada de la francesa y de las antiguas constituciones italianas.

En lugar de la lista de notables de Mr. Sieyès que empezaba á caer en descrédito en Francia, pensaron el primer consul y sus colaboradores en tres colegios electorales, permanentes y de por vida, que debian proveer las vacantes que resultasen por muerte de alguno de sus miembros. Debia componerse, el primero de grandes propietarios, hasta en número de trescientos; de doscientos comerciantes notables el segundo, y el tercero de literatos, sabios, y eclesiásticos distinguidos, hasta en número de doscientos, debiendo elegir estos tres colegios entre ellos mismos una comision de veinte y un individuos, llamada de *Censura*, á la cual tocaba elegir todos los cuerpos del esta-

do, y hacer el mismo papel electoral que hacia en Francia el Senado.

Esta autoridad creadora debia nombrar en seguida, con el título de *Consulta de Estado*, un Senado compuesto de ocho individuos, y que como el francés, mirase por el mantenimiento y observancia de la constitucion; deliberase acerca de lo que fuese necesario hacer en circunstancias extraordinarias; decretase el arresto de todo individuo peligroso; suspendiese las garantías constitucionales en el departamento que lo mereciera; entendiase en la aprobacion de los tratados, y nombrase el presidente de la república, siendo ministro de negocios extranjeros uno de aquellos ocho miembros.

Debía haber tambien un consejo de estado llamado Consejo legislativo, que constase de diez miembros, á cuyo cargo corriese la formacion de las leyes y reglamentos, que debia defender en el Cuerpo legislativo; y por último, una congregacion así llamada (Cuerpo legislativo) de setenta y cinco individuos, que debian escoger entre ellos mismos quince oradores para que discutiesen en su seno las leyes que estaba llamada á votar.

Debía haber en fin, al frente de la república, un presidente y un vice-presidente, cuyo cargo durase diez años, y á quienes nombraría, como acabamos de ver, la *Consulta de Estado* ó Senado; pero en cuanto á las demas autoridades, solo tocaba elegirlas á la *Comision de Censura*.

Por supuesto que todos estos empleados de muy diferente rango, disfrutaban sueldo y no pequeño.

Véase, pues, como era la constitucion francesa

con algunas correcciones, que venian á ser una crítica de la obra de Mr. Sieyes, y consistian en que en lugar de las listas de notables, habia tres colegios electorales de por vida, en que el Senado ó *Consulta de Estado* no hacia las elecciones; en que únicamente nombraba al gefe del poder ejecutivo, pero deliberaba acerca de los tratados, los cuales no eran sometidos, gracias á este medio, al exámen tumultuoso de las asambles; en que el Tribunado se hallaba embebido en el Cuerpo legislativo, y en que en vez de tres consules habia un presidente.

Puesto de acuerdo el primer consul acerca de este proyecto con MM. Marescalchi, Aldini, Melzi y Serbelloni, fué preciso ocuparse de las personas que debian componer el gobierno, asunto de tanta mayor importancia cuanto que los cuerpos principales debian subsistir por mas tiempo, durando mas por lo mismo el bien ó el mal que resultase de su composicion. Hallabase dividida Italia, como Francia, en partidos dificiles de conciliar, hallándose en un extremo los partidarios de lo pasado, que era adictos al gobierno austriaco, y en el extremo contrarios los patriotas exaltados, dispuestos como en todas partes á cometer los mayores excesos, pero que nunca habian derramado sangre, gracias al ejército francés, cuya presencia les contenia. Entre ambos partidos se hallaban los liberales moderados, sobre quienes pesaba la carga del gobierno y de la impopularidad en que siempre, y principalmente en tiempo de guerra, cae cuando impone al pais excesivas contribuciones. Con aquellos diferentes partidos, no podian producir las elecciones resultados sa-

tisfactorios, y conociéndolo así el primer consul concibió una idea que no engendró en él la ambición sino su buen discernimiento, y que consistía en componer él mismo el personal de aquel gobierno, como ya habia compuesto su estructura, y hacer por aquella vez los nombramientos por su propia autoridad. Solo le animaba en esto el deseo de hacer bien; además de que en todo caso tenia derecho para obrar así, supuesto que la formación de aquel nuevo estado emanaba puramente de su propia voluntad, y ya que le creaba espontáneamente, tenia derecho para hacerlo con arreglo á su modo de pensar, que en aquella ocasion no podia ser ni mas puro ni mas elevado.

Pero entre todos los nombramientos que habia que hacer, ninguno tan difícil como el de presidente; pues como Italia habia sido hasta entonces gobernada ó por sacerdotes ó por estrangeros, produjo poquitos ó ningun hombre de estado, no habiendo un nombre que bastase á eclipsar á los demas, y cuya autoridad consintiesen en acatar las demas autoridades. Tambien obvió este inconveniente el primer consul, haciendo de modo que le diesen el titulo de presidente, y nombrando un vice-presidente escogido entre los principales personajes italianos, y que se hiciese cargo del despacho de todos los negocios; reservando para sí la direccion como superior. Este era el único sistema de gobierno que convenia establecer en una república que empezaba, pues entregada á su propia eleccion y á un presidente italiano, no hubiera tardado en verse abandonada á todos vientos, como buqué sin brújula, al paso que gobernada por italianos, y dirigida,

aunque de lejos, por el hombre á quien debia su creacion, y que estaba destinado á ser protector suyo por mucho tiempo todavia, habia grandes probabilidades, siguiendo este sistema, de que tuviese un buen gobierno y fuese independiente.

A todo esto hay que agregar un acto tan brillante como solemne, que tenia por objeto promulgar la constitucion y proclamar todas las autoridades. Como era preciso hablar á un mismo tiempo á Italia y Europa, concibió el primer consul el proyecto de que hubiese una gran reunion de italianos en Leon, pues Paris estaba demasiado lejos para ellos así como Milan lo estaba para él. Situada Leon al lado de los Alpes, y siendo el punto donde en otro tiempo se habia reunido en concilio Italia, estaba naturalmente indicada, además de que el primer consul desplegaba sumo interés en confundir á los franceses con los italianos, en lo cual creia hacer un servicio al restablecimiento del comercio entre ambos países; porque Leon fué algun dia el punto donde se hacia el cambio de los productos de la Lombardia por otros de las provincias francesas del Este.

Parte de este proyecto fué comunicado por Mr. de Talleyrand á los italianos que se hallaban en Paris, es decir, á MM. Maréchalchi, Aldini, Serbelloni y Melzi, y lo único de que no les hablo fué de la idea de conferir la presidencia al primer consul, pues querian tanto éste como el gabinete francés, fuese hija de un acto de entusiasmo de los mismos miembros de la *Consulta*. Por lo demas, como se acomodaban demasiado las miras del primer consul á los verdaderos intereses de la patria italiana, fueron perfectamente acogidas,

y aquellos personajes se pusieron en marcha decididos á unirse con Mr. Petiet, hombre tan entendido como influyente y a la sazón ministro de Francia en Milan, para trabajar por la realizacion del plan que acababa de concertarse en Paris.

Ninguna objecion pusieron al proyecto de constitucion, y lejos de ello fué recibido con gran satisfaccion, pues todos deseaban salir cuanto antes del estado precario en que vivian, y adquirir una existencia segura, de suerte que el comité ejecutivo y la *Consulta*, que gobernaban el país provisionalmente, aceptaron el proyecto con premura, salvo algunas modificaciones en cuanto á los detalles, que aceptó el gabinete francés. Lo difícil era el poner en vigor la nueva constitucion y elegir las personas que debieran ponerse al frente del gobierno; pero Mr. Petiet comunicó en secreto á algunos personajes influyentes, la idea de encargar al primer consul nombrase todo el personal del gobierno, desde el presidente hasta los tres colegios electorales, y apenas soltó el ministro francés esta idea de un árbitro supremo, libre de las pasiones que traian dividida la Italia y que solo podia apeteecer su dicha, cuando el gobierno provisional confirió al primer consul la facultad de que eligiese todas las autoridades, enviándole un mensaje en que ponía en su noticia quedaba aceptada la constitucion, y espresaba el deseo que animaba al pueblo cisalpino de que el primer magistrado de la república francesa, eligiese los de la italiana.

Con esto no se pensó por entonces, ni se dijo una palabra acerca de presidencia; mas como era preciso que los italianos fuesen á Leon, el go-

bierno provisional recibió otra comunicacion en que se le hacia ver lo difícil que era constituir la república cisalpina sin salir de Paris, puesto que habia que elegir á setecientas, ú ochocientas personas, lo cual no podia ser acertado estando tan lejos de los hombres y las cosas, y al mismo tiempo la imposibilidad en que se hallaba el primer consul de trasladarse de Paris á Milan, cuando seria por el contrario, sumamente ventajoso partir la distancia, esto es, que los italianos se reuniesen en Leon, invitando al primer consul á que fuese tambien, y formar allí una especie de gran dieta italiana, donde quedase constituida la nueva república, con un aparato y un brillo que harian mas solemne el compromiso que el primer consul iba á contraer de mantenerla y defenderla, puesto que era su creador. Esta idea envolvía cierto viso de grandeza que debia agradar á los italianos, y así tuvo tan buen resultado como todas las anteriormente enunciadas, es decir que fué adoptada al instante, convirtiendo en decreto el gobierno provisional un proyecto preparado de antemano. Sacáronse los diputados del clero, la nobleza, los grandes propietarios de terrenos, el comercio, las universidades, los tribunales y la guardia nacional, eligiéndose hasta cuatrocientas cincuenta y dos personas, entre las cuales habia prelados venerables agoviados por los años, y moribundos algunos de ellos de resultas de las fatigas de un viage emprendido en el mes de diciembre, y que les obligaba á atravesar los Alpes en uno de los inviernos cuyo rigor hacia tiempo no se habia sentido en aquel país. Como todos querian asistir á la proclamacion de la in-

dependencia de su patria, y ver al héroe á quien debia su libertad, estaban llenos de gente los caminos del Milanesado, la Suiza y el Jura, habiendo mandado el primer consul, porque en todo pensaba, que nada faltase, así en el curso del viage como en Leon, á aquellos representantes de la nacionalidad italiana que iban á recordarle con su presencia sus primeros y mas bellos triunfos. El prefecto del Ródano hizo inmensos preparativos para recibirlos de un modo digno, y dispuso grandes y hermosas salas para la solemnidad que se iba á celebrar, cuyo brillo debia ser tanto mayor, cuanto que el primer consul envió á Leon parte de la guardia consular, y el recién llegado ejército de Egipto que en otro tiempo lo fué de Italia, y el cual se dieron prisa á equipar magníficamente, y de un modo adecuado al clima de Francia, extraño ya á aquellos soldados tostados por el sol de Egipto, y que parecian unos verdaderos africanos. Además, se habia reunido la juventud de Leon y formado un cuerpo de caballeria, que llevaba las armas y ostentaba los colores de la antigua poblacion leonesa. Mr. de Talleyrand y Mr. de Chaptal, ministro de lo interior, fueron antes que el primer consul, á fin de ir recibiendo á los individuos de la consulta, y mientras que el general Murat y Mr. Petiet acudian de Milan, Mr. Marescalchi salia de Paris para ir á la cita comun, y entraban en Leon los prefectos y demas autoridades de veinte departamentos. El primer consul retardó su viage por causa del congreso de Amiens, cuyas negociaciones le obligaron á permanecer en Paris algunos dias mas, y como los diputados italianos empezasen á mostrar impaciencia, á fin de que

se ocupasen en algo, dividióseles en cinco secciones, sometiendo á su aprobacion el proyecto de constitucion, acerca del cual hicieron útiles y oportunas observaciones, que Mr. de Talleyrand, tenia orden de escuchar, pesar, y admitir, con tal que no invalidasen lo principios fundamentales del proyecto; pero escepto algunas disposiciones de poca monta que fueron modificadas, la nueva constitucion obtuvo el asentimiento general. Para calmar tambien la impaciencia de los diputados cisalpinos, les propuso el gobierno provisional fuesen formando listas de candidatos, que sirviesen de norte al primer consul en los nombramientos que tenia que hacer, en cuya ocupacion invirtieron el tiempo.

Los habitantes de las campiñas agolpábanse á los caminos, y reunidos en derredor de grandes hogueras pasaban los dias y las noches aguardando al primer consul, y apenas veian un carruage corrian á su encuentro, gritando: ¡viva Bonaparte! Al fin apareció el primer consul el 11 de enero de 1802 (21 de nivoso), dirigiéndose á Leon en medio de ruidosas aclamaciones y de continuos arrebatos de entusiasmo, y entró en la ciudad de noche en compañía de su esposa, sus hijos adoptivos y sus ayudantes de campo, saliendo á recibirle los ministros, las autoridades civiles y militares, una diputacion italiana, el estado mayor del ejército de Egipto y la juventud leonesa á caballo. La ciudad, iluminada enteramente, ofrecia un aspecto brillantísimo, y el primer consul despues de pasar por debajo de un arco triunfal que contenia un noble emblema de la Francia consular, esto es, un leon medio dormido, fué á apearse en la casa de

ayuntamiento, preparada lujosamente para que pudiera hospedarse en ella con comodidad y magnificencia.

Al dia siguiente empleó la mañana en recibir á todas las diputaciones de departamento, y en seguida á la *Consulta* italiana, que contaba cuatrocientos cincuenta individuos presentes, de los cuatrocientos cincuenta y dos que debian ser; ejemplo de exactitud muy raro si se tiene en cuenta el número de las personas, las distancias y la estación; además de que uno de los dos ausentes era el respetable arzobispo de Milan, que acababa de fallecer de un ataque de apoplejía en la casa donde se hospedaba Mr. de Talleyrand. Los italianos, á quienes el primer consul hablaba en su misma lengua, estaban sumamente contentos porque volvían á verle, y sobre todo hallando como hallaban en él á un mismo tiempo un francés y un italiano. A los pocos dias dió principio á sus tareas la *Consulta*, cuando ya habia admitido el primer consul las modificaciones que aquella propuso se hiciesen á la constitucion, y se habian formado las listas de candidatos. Para proceder con acierto en los nombramientos, se formó una comision compuesta de treinta individuos, sacados de la *Consulta*, y que debía entenderse con el primer consul en la larga série de elecciones que habia que hacer; mas como se invirtiesen en ello muchos dias, el primer consul, luego que vió y habló á todos los italianos, se dedicó á los negocios de Francia, recibiendo á los prefectos y á las demas diputaciones de departamento, oyendo las necesidades y deseos que le esponian, y aprendiendo á conocer por sus propios ojos el estado verdadero de la re-

pública. El entusiasmo iba aumentándose de dia en dia, y en medio de ese arrebató, que tanto los italianos como los franceses se comunicaban mutuamente, empezó á sembrarse la idea de nombrar al primer consul presidente de la república cisalpina. Todos los dias veían á los individuos de la comision de los treinta, y conferenciaban con ellos acerca de la eleccion de presidente MM. Marescalchi, Petiet, Murat y Talleyrand, y cuando conocieron que ya era tiempo, es decir, así que aquellos dieron á entender que no sabian á quien elegir, á causa de lo divididas que andaban las opiniones, indicaron, aunque de un modo indirecto, que el único medio de salir de apuros, era conferir al personage italiano que obtuviese la preferencia la simple cualidad de vice-presidente, nombrando presidente al primer consul para que con su gloria y autoridad le diese la fuerza moral, que habia menester. Esta idea tan sencilla, mucho mas útil para la Cisalpina, para su existencia y el buen régimen de sus negocios, que para la grandeza del primer consul, les pareció excelente, pero con la condicion sin embargo, de que habria un vice-presidente italiano. Luego que hicieron se decidiese el ciudadano Melzi á aceptar la vice-presidencia, un miembro de los treinta hizo la proposicion á la comision, y acogida con alborozo, se estendió el decreto al instante. Para no perder tiempo, el 23 de enero (5 de pluvioso) fué presentado el proyecto á la *Consulta*, la cual lo aprobó por unanimidad, proclamando presidente de la república italiana á NAPOLEON BONAPARTE, pues aquella fué la primera vez que reunió ambos nombres. El general debía añadir al título de

primer consul de la república francesa, el de presidente de la república italiana, como así se lo manifestó una diputacion de la *Consulta*.

Mientras esta deliberaba acerca de lo ya referido, el general se ocupaba en pasar revista á los soldados de Italia y Egipto, la guardia consular, varios destacamentos de tropas y la milicia leonesa. Disipadas aquel dia por un instante las nieblas del invierno, aunque hacia un frio escesivo, brillaba el sol en todo su esplendor, y el general Bonaparte recorria las filas de las tropas, las cuales le recibian con indecibles muestras de regocijo. Los soldados de Egipto é Italia, sumamente contentos porque volvian á encontrar al héroe que habia presenciado sus grandes hechos de armas; prorumpian en gritos de alegría como para demostrarle que no habian dejado de ser dignos de su antiguo general, por mas que los hubiesen mandado aunque por momentos gefes indignos de ellos. Bonaparte sacaba de las filas á veteranos granaderos, les hablaba de las batallas en que se habian hallado, así como de las heridas que en ellas recibieron, y cuando conocia á algun oficial á quien habia visto en mas de un encuentro, le apretaba la mano, enterneciéndose no solo los oficiales sus camaradas, sino él tambien al ver á aquellos valientes, á quienes debia en parte las maravillas de que disfrutaba, así como Francia la tranquilidad y ventura que en ella reinaban. Aquella escena se verificó sobre las ruinas de la plaza de Bellecour, y borraba la tristeza que se respiraba allí, como la gloria borra de la imaginacion los recuerdos desgraciados.

Concluida la revista, se volvió el primer con-

sul á su alojamiento, encontrando en él á la diputacion de la *Consulta*, la cual le manifestó el deseo de aquella corporacion, deseo que agradeció en gran manera, manifestando que al dia siguiente contestaria al nuevo acto de confianza de la nacion italiana.

Efectivamente se trasladó al otro dia, 26 de enero (6 de lluvioso) al local donde celebraba sus sesiones la *Consulta*, local que era una gran iglesia, dispuesta y adornada para el uso á que habia sido destinada. Todo lo que allí pasó, fué como en una sesion régia tanto en Francia ó Inglaterra, pues el primer consul se presentó rodeado de su familia, los ministros franceses, y gran número de generales y prefectos, colocándose en un lugar preferente. En seguida pronunció en lengua italiana, la cual hablaba perfectamente, un discurso tan sencillo como conciso, diciendo aceptaba el nombramiento de presidente, anunciando las miras que tenia acerca del gobierno y prosperidad de la nueva república, y proclamando las principales elecciones que habia hecho, conforme á los deseos de la *Consulta*. Sus palabras fueron acogidas con los gritos de ¡viva Bonaparte! ¡viva el primer consul de la república francesa! ¡viva el presidente de la república italiana! Despues se leyó la constitucion, y la lista de ciudadanos de cualquier rango y condicion que debian contribuir á ponerla en vigor, y largos y repetidos aplausos fueron á demostrar la conformidad de pareceres que reinaba entre el pueblo italiano y el héroe que le habia proporcionado la libertad. Aquella sesion fué solemne y respetable, empezando á existir de un modo digno la nueva república que debia llamar-



se en lo sucesivo *Repubblica italiana*, y en cuanto al general Bonaparte, hubiera sido de desear que tanto entonces como en otras muchas ocasiones hubiese tenido aquel favorito de la fortuna, al mismo tiempo que génio para crear, génio para conservar.

Ya hacia veinte dias que el primer consul se hallaba en Leon, y el gobierno de Francia reclamaba su regreso á París, á fin de mandar definitivamente se firmase el tratado de paz, de cuyo ajuste trataba el congreso de Amiens. Durante este tiempo, ocupábanse el consul Cambaceres y el Senado en deshacerse de los miembros de la oposicion que habian contrariado su marcha con tanta violencia, precisamente cuando menos lo merecia, de suerte que el primer consul iba á hallarse en posibilidad de proseguir aquella larga série de trabajos en que estrivaba la dicha y grandeza futuras de Francia. Deseaba pues volver á París cuanto antes, seguir sus ocupaciones de costumbre, y recibir probablemente en premio de sus obras, una grandeza nueva, como justa recompensa de la ambicion mas noble y fecunda que ha abrigado jamás hombre alguno.

El 28 de enero (8 de pluvioso) salió de Leon, dejando entusiasmados y llenos de esperanza á los italianos, y á los leoneses sumamente contentos por haber poseido por espacio de algunos dias al hombre extraordinario cuyo nombre resonaba en todo el mundo, y que miraba á su ciudad con tanta predileccion. Antes de emprender su viage recibió una carta del emperador Alejandro en contestacion á una que le escribió pidiéndole algunas ventajas para el comercio de Leon, y en la cual

anunciaba el emperador las mejores disposiciones por parte de Rusia, motivo porque se mandó publicar casi todo su contenido para aumentar, como sucedió efectivamente, el contento de aquellos habitantes. Por lo demás concedió la banda el primer consul, en memoria de su gloriosa visita, á los tres cónsules de la ciudad de Leon, y como los bordeleses le rogasen por medio de una diputacion pasase por aquella ciudad, se lo prometió para cuando se lo permitiese la paz definitiva, dirigiéndose por San Esteban, y Nevers á París, á donde llegó el 31 de enero (14 de pluvioso) (1).

(1) A continuacion damos algunos extractos de las cartas que escribió el primer consul mientras permanció en Leon.

*A los cónsules Cambaceres y Lebrun.*

LEON 24 de nivoso, año X, (14 de enero, 1802.)

«He recibido, ciudadanos, vuestra carta del 21, y en contestacion á ella os digo que aquí hace un frio excesivo, y que paso las mañanas desde las doce hasta las dos, en recibir á los prefectos y personas notables de los departamentos inmediatos, pues ya sabeis que en esta especie de conferencia, es preciso hablar largo.

Esta noche dá la ciudad un concierto y un baile, al cual pienso ir á la una.

Los trabajos de la Consulta se hallan en buen estado, y no dejan de adelantar.

Las tropas del ejército de Oriente van llegando á marchas forzadas, y he tomado medidas para equiparlas, y pasarles revista, como espero, el 28.

Sigo contento con todo lo que veo, tanto por parte de la poblacion de Leon, como del mediodía de Francia.

Las negociaciones de Amiens marchan perfectamente, y os

doy la enhorabuena por lo bien que manejaís los asuntos públicos.

José me ha escrito desde Amiens que lord Cornwallis le ha dicho ha recibido el gabinete británico noticias de Santo Domingo favorables al ejército francés, y que se ha declarado la division entre las tropas de Toussaint.

*A los mismos.*

LEON 26 de nivoso, año X (16 de enero, 1802.)

He recibido, ciudadanos cónsules, vuestros pliegos de 22 y 23 de nivoso... Los leoneses nos han dado una magnífica funcion, cuyos detalles son adjuntos, así como los versos que se han cantado.

Camino lentamente en mis operaciones, porque paso todas las mañanas en recibir diputaciones de los departamentos inmediatos.

Hoy hace un día muy hermoso, pero con mucho frío.

En todas partes se notan los beneficios que hace dos años está recibiendo la República. La población de Leon se ha aumentado en los años VIII y IX con mas de veinte mil almas, y todos los fabricantes de San Esteban, Annonay, etc., á quienes he visto, me han dicho que reina gran actividad en sus fábricas.

Bien es verdad que todo el mundo se halla en movimiento, movimiento que no va encaminado á desorganizar, sino á volver á crear lo destruido para hacer próspero y rico el estado.

Dentro de unos días pasaré revista á cerca de seis medias brigadas del ejército de Oriente.

*Al consul Cambaceres.*

LEON 28 de nivoso, año X (18 de enero, 1802.)

Acabo, ciudadano consul, de recibir á la diputacion de Burdeos, la cual me ha rogado pase por esta ciudad, y así se lo he prometido para cuando vuelva á reinar la actividad entre su comercio y el de las Antillas, así como el de la Isla de Francia.

Por vuestra carta del 25 quedo enterado de las deliberaciones del Senado, y os ruego en vista de ellas no dejéis este asunto de la mano hasta que nos veamos libres de los veinte malos miembros por un lado, y sesenta por otro, que tenemos en las autoridades constituidas. Lo que quiere la nacion es que no se impida al gobierno hacer beneficios, y que no vuelva á aparecer la cabeza de Medusa ni en nuestras tribunas ni en nuestras asambleas.

La conducta de Sieyès prueba perfectamente que despues de haber trabajado por destruir todas las constituciones desde 91, quiere cebarse contra la que hoy rige. Es muy extraño no se haya vuelto loco á estas horas: pero de todos modos debia tener encendido un cirio á Nuestra Señora por haber escapado hasta aquí tan bien, y de un modo tan inesperado; aunque es verdad que cuanto mas viejo me voy haciendo, tanto mas conozco que tarde ó temprano se cumple el destino de cada cual.

Supongo que habreis tomado todas las medidas convenientes para derribar el Chatelet.

Si el ministro de marina necesita algunas fragatas del rey de Nápoles, puede servirse de ellas, y aun seria bueno que las enviase cuanto antes á América, que todo se arreglará despues con el mencionado rey.

Hoy ha disminuido mucho el frío.

El general Jourdan, que ha llegado hoy mismo del Piamonte, me ha dicho se encuentra en muy buen estado esta provincia.

La Consulta adelanta en sus operaciones, ocupándose en entender todas las leyes orgánicas.

Parte de la mañana la he invertido en conferenciar con los prefectos.

Os encargo que veais al ministro de marina á fin de cercioraros de que han salido los viveres para Santo Domingo.

*A los cónsules Cambaceres y Lebrun.*

LEON 30 de nivoso, año X, (20 de enero, 1802.)

Desearia, ciudadanos cónsules, que el ministro del tesoro